BUFOS ARDERIUS.

GALERIA DE OBRAS LITERARIAS Y DRAMÁTICAS.

UN HIPÓCRITA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ APARICI Y VALPARDA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

v.15 n.70

UN HIPÓCRITA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ APARICI Y VALPARDA.

Estrenada con extraordinario aplauso en el Teatro de Variedades el 1.° de Enero de 1871.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA.....	Sra. Buzon.
MAURICIO.....	Sr. Vallés.
D. CIRILO, fraile exclaustrado.....	Sr. Riquelme.
ANTON, mozo de labranza de Mauricio.	Sr. Lujan.
EL ALCALDE.....	Sr. Martinez.
Dos guardias civiles.	

La escena en un pueblo de la Mancha, 84...

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Literaria y Dramática de *Los Bufos Arderius*, son los encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

860.82
Sp2u
v.15 n.10

A LA DISTINGUIDA PRIMERA ACTRIZ

DOÑA MERCEDES BUZON.

El asunto de esta obra es un recuerdo de mi vida militar.

Beltran se llamaba un antiguo soldado que, menos afortunado que *Mauricio*, no encontró el documento que la envidia le habia sustraido, y sufrió la pena del desertor, compartiendo con *Carátula* el cuidado del *Ondino*.

Descarte usted, pues, el argumento, que es un hecho real, y el *Tartuffe*, sublime creacion de Moliere, cuyo ejemplo sigo, tomando *mon bien ou je le trouve*, y lo que resta acéptelo usted como tributo de admiracion y gratitud de su afectísimo amigo

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Casa blanca; puerta al fondo que da á un vestíbulo y sirve de entrada. Otra á cada lado. Al fondo, derecha, una alacena. Útiles de labranza; muebles ad líbitum, entre ellos una mesa colocada á la izquierda hácia el centro de la escena, y un sillon de cuero.

ESCENA PRIMERA.

ANTON simulando el ejercicio con un palo. MARÍA.

ANTON. Paso redoblado. Mar...
uno, dos
MARIA. (Saliendo.) Qué haces, Anton?
ANTON. No lo ve? la destrucion.
¿Tengo el aquel melitar?
MARIA. Mucho que sí!
ANTON. Lo que es yo
no es el decir que me alabo,
pero á capitan ú cabo
he de llegar.
MARIA. Por qué no?
Con tu apostura marcial
y tu aficion, por mi fe
que vuelvas no extrañaré
á casa de general.
ANTON. Y eso es de tropa?

MARIA. Pazguato!
ANTON. Como yo nunca los ví!...
MARIA. Y te vas mañana?
ANTON. Sí.
Ya está preparado el ato.
MARIA.. ¿Sientes el irte de casa?
ANTON. Siento... y me alegro marchar.
Vamos, yo no sé explicar
lo que por dentro me pasa.
Porque juro, á fe de Anton,
que aunque aquí buen pan me dan,
no me asusta el comer pan
aunque sea de municion.
Sé que han de darme una ropa
muy maja, cama muy rica,
y sé que para una chica
no hay como un soldao de tropa.
Voy con gusto á la milicia,
voy con gusto, si señor,
pero... así... me da un temblor
cuando...
MARIA. Ya!
ANTON. Se lo malicia?
Me quiero morir de viejo,
y si tocan á matar...
vamos al decir, guardar
nos manda Dios el pellejo.
Yo que al mio tengo ley
sentiria que mañana
le echasen una botana
por ir á servir al rey.
MARIA. Eres cobarde?
ANTON. No puedo
decirlo aunque en ello estoy;
cobarde no sé si soy,
pero sé que tengo miedo.
MARIA. Me pesa el ver que te vas:
pero qué le hemos de hacer?
es un sagrado deber
y espero que volverás.
Corre de tu sino en pos
que esquivarlo es desatino,

pues que del hombre el destino
está en la mano de Dios.
Él da á nuestra dicha plazos
y á los pesares tambien;
y si se digna con bien
devolverte á nuestros brazos,
en esa vida de azar
á que su bondad te lanza,
consuélete la esperanza
de nuestro tranquilo hógar.

ANTON. No muere todo soldado.

MARIA. En que lo pruebes confio.

ANTON. Voy á preparar el lío.
Aquí llega el exclaustrado. (Váse.)

ESCENA II.

MARÍA y D. CIRILO.

CIRILO. *Deo gratias.* El señor
sea con nosotros.

MARIA. Buenas
tardes, don Cirilo. Apenas
le vemos.

CIRILO. Grato favor
es para mí, el que mi ausencia
sea de usté apercibida.
Qué hacer! absorben mi vida
deberes de la conciencia.
Que no es muy fácil tarea
combatir la tentacion
del malo, la salvacion
para alcanzar. Así sea!

MARIA. Yo respeto los deberes
que impone el cristiano celo,
pero no ofenden al cielo
siendo honestos los placeres.

CIRILO. Hermana, el más inocente
es el que mejor seduce
y al hombre incauto conduce
del pecado á la pendiente;
inútil la resistencia

es, si allí llega á subir;
ántes le han de combatir
la oracion y penitencia;
y si aun así del pecado
es presa, diga el austero
al Señor, con el cordero,
—por qué me has desamparado!

MARIA. En sus ideas abundo.

CIRILO. Pero en vos deploro olvidos...

MARIA. Son pocos los elegidos.

CIRILO. Dios elige á todo el mundo.

MARIA. Y su salud?

CIRILO. Que esté bien
place al Todopoderoso.

MARIA. Lo celebro.

CIRILO. Y el esposo?

MARIA. Bueno y alegre tambien.

CIRILO. Hoy no ayuno y me combate
cierto desfallecimiento...

MARIA. Pobre señor! al momento
voy á darle chocolate.
Hecho está.

CIRILO. Yo sentiria...

MARIA. Nada de eso.

CIRILO. Me decido.

MARIA. Muy buenas tardes Marido... (Viéndole entrar.)

ESCENA III.

DICHOS y MAURICIO. Vuelve de caza.

MAUR. Muy buenas la compañía.

CIRILO. Buena caza?

MAUR. Así, así,
dos perdices un conejo,
con otros dos que perdí
por la torpeza del perro.
Es jóven y aprenderá.
Y tú, bien mio, qué has hecho?

MARIA. Esperarte. (Tomando la escopeta y demas avios.)

MAUR. Esposa mia,
tengo un apetito...

MARIA. Espero
satisfacerle; aunque es pronto.
MAUR. Ántes de cenar yo tengo
que salir por fuerza.
MARIA. Bien.
Hay media hora de tiempo.
(Entra puerta derecha.)
MAUR. Y qué dice don Cirilo?
CIRILO. Yo? no sé nada de nuevo.
MAUR. El miércoles es la fiesta
del santo patron del pueblo;
parece que se prepara
con mucho lujo.
CIRILO. En efecto.
Pero á mi modo de ver,
no es con bailes y con fuegos
con lo que se debe honrar
los elegidos del cielo.
MARIA. (Sale con el chocolate.)
Don Cirilo, el chocolate.
CIRILO. *Benedicite.* Volviendo
al discurso comenzado.
Del baile un santo maestro
ha dicho con razon: «jóvenes
que estais bailando, al infierno
vais saltando.» Y es verdad:
por eso yo lo repruebo.
La fragilidad humana
debe evitar los pretextos
de caer. Si yo las fiestas
del santo hubiera dispuesto.
hé aquí el programa. El ayuno
tres dias ántes lo menos:
nadie en la calle ese dia
sino camino del templo;
por la tarde procesion,
de disciplinantes, luego
el santo trisagio en casa,
meditacion y silencio
y el rosario de la aurora
despues como complemento.
MARIA. No es alegre.

CIRILO. Pero es santo.
Qué hacer! los tiempos modernos
de libertad, ó licencia,
son enemigos, del cielo.
La hoguera, amigos la hoguera!
Que vuelva pronto esperemos.

MAUR. Don Cirilo, yo no sé
explicar mis sentimientos.
Pero creo que el Señor,
al que es en el fondo bueno,
al que ama sus semejantes
al que cumple sus preceptos,
no le castiga por dar
al solaz algun momento.

CIRILO. Esas son las teorías
modernas, de los incrédulos,
pensando así, de Calvino
se va al sacrílego templo,
y de allí no hay más que un paso
al descreido, al ateo,
combustible el más preciado
que se quema en el infierno.

MAUR. Será así, pero repito
que de esas cosas no entiendo.
Don Cirilo, su venida
es oportuna en extremo.
Yo necesito de usted
un favor.

CIRILO. Escucho atento.

(María retira la jícara de chocolate y durante el parlamento de Mauricio, prepara la mesa, sacando de la alacena lo necesario.)

MAUR. Usted sabe que yo fuí
soldado.

CIRILO. Lo sé.

MAUR. En el tiempo
que yo serví, fatal guerra
afligia nuestro suelo:
liberales y carlistas,
luchaban á sangre y fuego
por defender sus ideas.

CIRILO. Lucha que acabó el Eterno

imponiendo á nuestra patria
el dominio de los negros,
tremendo y duro castigo
que sin duda merecemos.
Dios se apiade de los suyos!
Prosiga usted.

MAUR. Yo no intento
decidir esa cuestion:
relato sólo los hechos.
La suerte me llevó al campo
liberal.

CIRILO. Hado funesto!

MAUR. De servicio ya contaba
seis años: era sargento.
Un dia que mi columna
no distante de este pueblo,
por órden del general
iba en reconocimiento,
hallamos los enemigos:
grita el comandante:—Á ellos;
y en una nube de humo
todos quedamos envueltos.
Fué la lucha encarnizada,
los fratricidas aceros
rudamente se chocaron;
el aire soplando á intervalos
disipaba aquella nube
que silenciosa iba al cielo,
en su horrible plenitud
dejando ver los sangrientos
destrozos. La noche al fin
á la lucha puso término,
y el teatro del combate
era al resplandor primero
de la luna, roja charca
sembrada do quier de muertos
festin que la parca daba
aquella noche á los cuervos.
Yo quedé herido en el campo (Transicion.)
muy gravemente, y haciendo
á pesar de los peligros
para salvarme un esfuerzo,

aquí, perdiendo mi sangre,
al fin llegué casi muerto.
La familia de mi esposa
me recogió, ese aposento
ocupé. Pronto curado
merced á su amable esmero,
traté al punto de partir
en busca del regimiento.
Imposible, el enemigo
tenia sus campamentos
interpuestos. Por fortuna
un general... no recuerdo
su nombre,—pero allí está
en su mismo documento—
por aquí acertó á pasar:
expúsele mi deseo
de marchar, pero él me dió
por ilimitado tiempo
una licencia, que guardo,
para esperar el momento
oportuno. Mi enfermera,
la que con cristiano celo
cicatrizó mis heridas,
de mi alma era ya dueño...
sus padres me la otorgaron,
y de tanta dicha ébrio
olvidé mi batallon...
Así se pasó algun tiempo,
el poco que de servicio
me quedaba... Soy por eso
desertor?

CIRILO. Si la licencia
conserva usted, no lo creo.

MALR. Yo tampoco. Sin embargo,
si con ese documento
logro regularizar
mi posicion...

CIRILO. En efecto,
con él se puede obtener
el formal, el verdadero,
es decir, una licencia
absoluta.

MAUR. Yo deseo
que usted que tiene en la córte
amigos, se encargue de ello.
CIRILO. Por qué no? Con mucho gusto.
MAUR. Hé aquí el papel.
CIRILO. Escribiendo
á Madrid puede obtenerse
por un próximo correo.
MAUR. Me hará usted un señalado
servicio. No es que yo temo...
pero en fin, estar en regla
es siempre mejor.
CIRILO. Lo apruebo.
Son las siete y el rosario
debe empezar. Voy corriendo...
Hasta la vista. Que Dios
os dé su gracia.
MARIA. Lo espero
de su bondad. Buenas tardes.
MAUR. Adios, don Cirilo. (Acompañándole.)

ESCENA IV.

MARÍA y MAURICIO.

MAUR. Es bueno,
servicial.
MARIA. Mauricio mio,
á criticar no me atrevo
tu conducta, pero yo
no daria el documento
como tú acabas de darlo.
MAUR. Dudas de...
MARIA. Aun admitiendo
que don Cirilo es un hombre
honrado—lo que no creo.—
¿Y si se pierde?
MAUR. Es verdad.
Pero bajo juramento
negar no puede que existe,
y si el general no ha muerto
como es posible, encontrarle
se puede bien.

MARIA. Lo concedo.
¿Pero no fuera mejor
no darlo á nadie? Está hecho,
y es inútil afligirse
con imaginarios miedos.

MAUR. Ademas, de don Cirilo
formas un juicio severo.

MARIA. No, Mauricio, no soy sola
en pensar como yo pienso
de ese señor. Como todos
en el país, le respeto;
pero acá en mi corazon
un bago presentimiento,
me dice que las virtudes
cristianas, rechazan esos
alardes.—Hipocresía
á llamarlos no me atrevo.—
para decirlo al señor.
—Soy feliz, te lo agradezco,
ó—ampárame porque sufro—.
para ser con todos bueno,
para socorrer al pobre,
no es necesario, yo creo,
andar como don Cirilo
besando siempre los suelos,
mirar siempre de reojo,
andar vestido de negro
ni haces todas esas muecas
de devocion, para luego
quitar á sus semejantes
cristianamente el pellejo.
Él para tí, del alcalde
mortal enemigo ha hecho
con sus chismes.

MAUR. Es verdad;
pero no hablemos más de ello.

MARIA. Quieres cenar?

MAUR. No, María,
por más que apetito siento.
Acaba de aderezar
la cena que pronto vuelvo.
Adios, María.

MARIA. Mauricio,
no tardes mucho.
MAUR. Hasta luego.
(Váse por el fondo.)

ESCENA V.

MARÍA, luego D. CIRILO,

MARIA. Qué interés podria tener...
Ninguno... Báh! me arrepiento
de haberle alarmado. Calle!
aún por aquí...
CIRILO. Sí, que habiendo
llegado tarde al rosario
rezarle en casa he resuelto,
y al paso quise subir
cierta cosa que no entiendo
en el papel, á aclarar
con Mauricio.
MARIA. Hace un momento
que salió. Si consultarle
desea...
CIRILO. Aqueste pañuelo
(Tocando el que lleva María.)
es de seda? Lo parece.
MARIA. Es de algodon, pero nuevo
y brilla...
CIRILO. Cosa es extraña.
Siéntese usté aquí...
MARIA. No puedo.
Debo preparar la cena,
espere, que pronto vuelvo. (Váse.)

ESCENA VI.

D. CIRILO, luego ANTON. El primero saca un rosario y se pone en actitud de rezar. Breve silencio. Sale ANTON con una luz que deja sobre la mesa.

CIRILO. Sea por siempre bendito
y alabado...

ANTON. (Ap.) Aquí está el neo.
Hola, don Cirilo!
CIRILO. Anton,
qué hay de nuevo?
ANTON. Ná se miente.
CIRILO. Y cómo va?
ANTON. Guapamente.
CIRILO. Conque la convocacion
es mañana.
ANTON. Qué hay que hacer,
si yo fuera tambien rico...
CIRILO. Vamos, por lo que me explico
no vas con mucho placer.
(Seña negativa de Anton.)
Pues Mauricio no está mal,
y si aficion te tuviera
redimirte bien pudiera,
que al cabo no es un caudal.
ANTON. Es verdad, como libró
á Roque, el otro criado.
CIRILO. Máxime habiendo cobrado
la suma que adelantó.
ANTON. Y la verdad pura es
que ni un ochavo ha perdido.
Yo en gracia no le he caido (Con despecho.)
y Roque nació de piés.
Iremos á la milicia.
CIRILO. El rico debia ayudar
al que es pobre.
ANTON. Eso es hablar
lo que se llama en justicia.
CIRILO. Yo si tuviera un criado
no iria á servir, de fijo,
porque un criado es un hijo.
ANTON. Bien lo reza el exclaustrado.
CIRILO. Ver al peligro correr,
ver que un balazo le dan
al que comió nuestro pan,
no es cristiano proceder.
Y eso sin contar que, el ocio
del soldado en guarnicion
es la eterna perdicion

de su alma.

ANTON. Mal negocio.

CIRILO. Buen viaje te deseo.

ANTON. Gracias, conque mande usté.
(Ap.) Pues señor, no se por qué
dicen que es malo este neo. (Váse Anton.)

ESCENA VII.

D. CIRILO y MARÍA.

MARIA. Don Cirilo usted perdone;
lista al cabo está la cena.

CIRILO. Siéntese María aquí.

MARIA. Con mucho gusto.
(Se sienta, D. Cirilo se le aproxima.)

CIRILO. Más cerca.
Há tiempo que deseaba
hacerle la confidencia
de un secreto sentimiento
del que mi mente no acierta
á darse la explicacion.
Combato con una idea...

MARIA. Escucho á usted, don Cirilo.

CIRILO. Qué blanca es su mano! Verla
me permite?

MARIA. Por qué no?

CIRILO. Qué piel más fina... Esta tela
(Tocándola la del vestido.)
la compró en el pueblo?

MARIA. No:
me la trajo de una feria
Mauricio.

CIRILO. Para este tiempo
me parece muy ligera.
Volviendo á lo que decia;
es un caso de conciencia
que consultarla pretendo.
Escúcheme.

MARIA. Estoy atenta.

CIRILO. Aunque devoto, María,
mi corazon no es de piedra

que el amor al cielo no
nos separa de la tierra,
al contrario, y los que huimos
de la peligrosa senda
del mal, habemos, María, (Misticismo.)
de menester mayor fuerza;
la tentacion en nosotros
con más encono se ceba,
Satanás con sus ardides
nos busca con preferencia,
y yo que la estoy hablando
soy de mi aserto la prueba.
Contemplando un dia y otro
de usted la rara belleza,
admiraba al Creador
que en tales obras emplea
su imponderable saber,
su infinita omnipotencia.
Al principio combatí
imaginando que eran
las asechanzas del malo,
y temiendo que pudierais
impedir mi salvacion;
pero de pensarlo á fuerza (Insidioso.)
me dije, que tan culpable
este afecto al fin no fuera
si las leyes del decoro
como es justo se respetan.

MARIA. Á dónde va usté á parar?
No comprendo... no quisiera
comprender...

CIRILO. Es bien sencillo.
Amo á usted. (Con pasion.)

MARIA. Jesús!

CIRILO. No tema
de mí nada. Soy un niño,
sin mala intencion ni ideas...
Acepte usted de mi alma,
María hermosa, la ofrenda,
y de mi dicha ó desgracia
pronuncie al fin la sentencia.
Qué decide?

MARIA. De mi asombro
espere usted que yo vuelva.
Usted? No puedo creerlo!
CIRILO. Es tan frágil la materia
y usted tan hermosa! Oh! sí!
suya es la culpa.
MARIA. Por fuerza
sueño, no, no...
CIRILO. Harto luché
á solas con esta pena.
Maceraciones, ayunos,
oracion y penitencia...
todo, en vano, opuse al fuego
que infiltrar supo en mis venas
la mirada de esos ojos,
de mi oscura noche estrellas.
Si se digna usté aceptar
de mi amor la llama intensa,
juro adorarla de hinojos
con idolatría ciega.
Nada tema por su honor, (Persuasivo.)
ningun peligro le cerca
conmigo. Necios galanes
hay que cuentan sus proezas,
deshonrando así el altar
á que llevaron ofrendas;
pero nosotros, jamás:
nuestra llama arde secreta,
y nuestras preces ocultan
al mundo nuestra flaqueza,
evitando así el escándalo,
que es sólo el que Dios condena. (Cinismo.)
¿Qué responde?
MARIA. ¿Responder
es posible á tal ofensa
aunque dejara expedito
el juicio, en mí, la sorpresa?
No, no; salga usted al punto.
CIRILO. María... (Suplicante.)
MARIA. Salga y advierta
que si el umbral de esta casa
otra vez su planta huella,

ha de arrojarle mi esposo.
CIRILO. Una palabra siquiera.
No divulgue...
MARIA. Á querer yo
lo impidiera la vergüenza.
CIRILO. Vóime pues... ¿Sin esperanza?
MARIA. Ya basta! Aquella es la puerta.
CIRILO. María!! (Con pasion.)
MARIA. Que llamo gente!
CIRILO. Muy bien; más presente tenga
que de tan duras palabras
posible es que se arrepienta.
No amenazo, Dios me libre,
pero un dia, ser pudiera .. (Váse.)
MARIA. Qué importa? Ese Dios que ultraja,
por los inocentes vela.

ESCENA VIII.

MARÍA sola, luego MAURICIO.

MARIA. Cielos! el papel, no hay duda,
sus palabras lo revelan...
por eso ha osado... y vengarse
de mis desdenes intenta.
Qué hacer? Decirle á Mauricio...
no, que en su furor pudiera...
Venga el amparo de Dios.
MAUR. Pues señor, ya estoy de vuelta.
He tardado?
MARIA. No.
MAUR. Qué tienes?
MARIA. Yo... nada...
MAUR. En vano te esfuerzas
para ocultarme... ese llanto...
MARIA. Yo te aseguro...
MAUR. No mientas.
Álguien te ofendió?
MARIA. No tal.
MAUR. Afligíate mi ausencia?
MARIA. Escucha, Mauricio mio,
voy á hablarte con franqueza.

Á fuerza de meditar
sobre lo que de imprudencia
califico...

MAUR. Qué, el papel?

MARIA. Sí; se me ocurió la idea
de que ese hombre... no sé
por qué razon, aun sin ella
se vengaba de nosotros;
y cien imágenes tétricas
hijas unas de las otras
se alzaron en mi presencia.
Ya te veia arrastrado
por una injusta sentencia
lejos del hogar, veia
la felicidad suprema
de tu amor, de tus caricias
y de nuestra paz doméstica,
desvanecerse cual humo;
via el llanto, la miseria,
la desolacion, la muerte,
llamar Mauricio, á esa puerta!
y al grito de mis entrañas
del hado injusto protesta,
satánica carcajada
respondia. Las ideas
de nuestro débil espíritu
fácilmente se apoderan;
la imaginacion va lejos,
sobre todo cuando crea,
cuando presiente peligros
por infundados que sean.
Por eso, Mauricio mio,
de vagos temores presa
á tu vista de mis ojos
brotó el llanto.

MAUR. Y era esa
la causa? Tu llanto enjuga,
y que la sonrisa vuelva
á tu labio. Vana alarma
fué la tuya; nada temas.
¿Qué con perderme ganara
ese hombre, y de qué pudiera

vengarse?

MARIA. Cierto. . de nada.
Pero escucha, sin que pueda
sospechar que desconfias,
haz que el papel te devuelva.

MAUR. Por tranquilizarte voy.

MARIA. Ahora no! (Alarmada.)

MAUR. Por qué?

MARIA. La cena
nos aguarda.

MAUR. Iré mañana.

MARIA. Mejor será.

MAUR. Como quieras.
Pues entónces sirve pronto,
y olvidemos en la mesa
tus alarmas. ¿Ya no lloras?

MARIA. No, Mauricio, tu presencia
me tranquiliza.
(Entra por la puerta de la izquierda y sale á poco con un plato.)

MAUR. La pobre
se alarma en vano. Pudiera
darnos el Señor la dicha
para en un punto perderla.

MARIA. Hé aquí un plato de tu gusto. (Sirviéndolo.)

MAUR. No es mucho que lo agradezca
si el celo de tu cariño
inspiró á la cocinera.
La más desabrida salsa
cuando tus labios la prueban
truécase en manjar divino.

MARIA. No están de más las especias
por si acaso tu cariño
en el prodigio no entra. (Breve pausa.)
Dime, si por un acaso
ese papel se perdiera
y un hombre te denunciara?

MAUR. Vamos, vuelves á la tema?
En tal caso, trataria
de hacer constar su existencia.

MARIA. Y si como desertor
la ley al fin te condena... (Ansiedad creciente.)

MAUR. Sufriria resignado
la terrible consecuencia
de mi imprevision.

MARIA. Y cuál
seria entónces la pena?

MAUR. Volver á servir el tiempo
de mi empeño, y si no yerra
mi memoria, el que alejado
estuve de mis banderas.

MARIA. Es decir!...

MAUR. Catorce años,
si no equivoco la cuenta.
Ahora no sé si ademas
el desertor su condena
debe cumplir en España
ó en Ultramar.

MARIA. En América!
Mauricio, Mauricio... (Dolorosa reconvencion.)

MAUR. Vamos,
confieso mi ligereza
y de remediarla el medio
buscaré: fué una imprudencia,
pero yo hallaré el pretexto
para que á mi mano vuelva
ese papel; cálmate,
que Dios por los suyos vela.
Y Anton?

MARIA. De casa salió.
Como el momento se acerca
de partir, el infeliz
recorre quizás la aldea
despidiendo á sus amigos.

MAUR. De su partida me pesa,
y á poder hoy disponer
de una suma, la invirtiera
en guardarlo á nuestro lado.
¡Qué hacer, fué mala cosecha
la pasada y los ahorros
ha consumido la siembra.
Pero es jóven y robusto,
no hay por el momento guerra
y pasan presto los años.

(Se oye un golpe en la puerta exterior. Maria se levanta ahogando un grito de terror.)

Qué!

MARIA. Que llaman á la puerta!

MAUR. Y bien?

MARIA. Que no sé por qué
mi sangre ese golpe hiela.

MAUR. Cálmate, sin duda alguna
será un vecino que... (Dirigiéndose á abrir.)

MARIA. (Deteniéndole.) Espera,
iré yo á abrir.

MAUR. En buen hora.

(Sale María, al poco tiempo se oye el grito y vuelve echándose en los brazos de Mauricio.)

MARIA. (Fuera.) Ah! Mauricio! (Corriando á él.)

(Entra el Alcalde seguido de los guardias que se quedan fuera junto al forillo del vestíbulo que estará oscuro.)

MAUR. Nada temas.

(Conteniéndola, con gravedad pero alarmrdo.)

ESCENA IX.

DICHOS, el ALCALDE.

MAUR. Qué me ofrece la ocasion
de al Alcalde recibir?

ALC. Mauricio, vengo á cumplir
una penosa mision.

MAUR. Siéntese.

ALC. No. Convendria
estar solos.

MAUR. No me avengo;
yo nunca tuve ni tengo
secretos para María.
Puede usté hablar sin temor.

ALC. Pues bien, hoy le han delatado.

MAUR. Quién?

ALC. Anton.

MARIA. Nuestro criado!

MAUR. Á mí?

ALC. Como desertor.

MAUR. Él!!
MARIA. Infame!
ALC. Yo lo siento,
pero debo autorizar
la prision, si presentar
no puede usté un documento
que acredite haber cumplido
todo el tiempo.
MAUR. Le tenia.
No temas, esposa mia. (Calmándola.)
MARIA. Ese hombre nos ha perdido!
MAUR. No cabe tanta maldad
en él.
MARIA. Es un miserable!
MAUR. No temas, yo haré que hable,
le arrancaré la verdad.
Señor Alcalde, un papel
hay que mi conducta abona:
hoy se lo dí á una persona.
ALC. Dónde está?
MARIA. Vamos por él.
ALC. Lo creo. Vamos allá.
MARIA. Mauricio, y si no le entrega?
MAUR. Ay de... todos si lo niega.
Vamos.
ALC. Sí.
MARIA. (Ap. con desesperacion.) Lo negará!
Mauricio!
MAUR. María! (En sus brazos.)
MARIA. Cuándo
vuelves?
MAUR. Pronto si consigo...
MARIA. Y si no?... Yo voy contigo.
MAUR. No; lo ruego.
MARIA. (Resuelta.) No.
MAUR. Lo mando.

(Sale Mauricio seguido del Alcalde, María le sigue con ansiedad Luego vuelve á la mesa y cae sollozando en el sillon y ocultando el rostro entre sus manos. D. Cirilo entra muy despacio y se coloca á su lado, de modo que al levantar María los ojos se le encuentra y retrocede dando un grito.)

ESCENA X.

MARÍA y D. CIRILO.

MARIA. Ah!
CIRILO. María. (Con afectada naturalidad.)
MARIA. Usted aquí?
Viene á insultar á su víctima!
Miserable!
CIRILO. No comprendo.
Pero qué pasa, María?
Á Mauricio ví en la calle
con los guardias. ¿Dónde iba?
MARIA. Don Cirilo, es imposible
que albergue tanta perfidia
un corazon!
CIRILO. Dios nos libre!
Dejemos las tonterías
y hablemos claros. ¿Qué pasa?
qué pretende la justicia
de Mauricio?
MARIA. Y lo pregunta!
¿Quién la delacion indigna
ayudó?
CIRILO. La delacion?
Si más claro no se explica...
MARIA. Don Cirilo, aquel papel
que ántes le dimos...
CIRILO. Seria
por desertor? Acabaramos!
Ese papel justifica
su conducta y nada debe
temer. Será alguna envidia
de esa delacion la causa.
Y usted creyó?... las benditas
ánimas del purgatorio
me valgan. Viva tranquila.
MARIA. Cómo? es posible! Usted va
á justificar...
CIRILO. Podria
dejar de hacerlo en conciencia?

MARIA. Á su casa se encaminan.
Oh! corra usted, que á mis brazos
vuelva Mauricio!!

CIRILO. En seguida
voy. Pero escúcheme atenta.
Nuestra condicion mezquina
hace que jamás el bien
por serlo, el hombre practica.
Siempre el pérfido interés
en nuestra accion se desliza.
Yo debo (líbreme Dios
de una accion que no sé digna)
devolver ese papel
y harélo; ¿pero seria
injusto que un galardon
esperase de María?

MARIA. Un galardon, por no ser
un infame?

CIRILO. Yo podria
serlo muy bien y sumir
en el llanto una familia.

MARIA. Y ese galardon ..

CIRILO. Su amor!
Oh, sí; una sola caricia
que aplaque el corazon, incendio
que hace mi pecho cenizas.

MARIA. Ah! (Con una expresion de repugnancia.)

CIRILO. María! (Arrastrándose de rodillas.)

MARIA. No se acerque...
Atrás, asquerosa víbora.

CIRILO. Piedad. (En el paroxismo de la pasion.)
Yo le salvaré,
le daré la hacienda mia,
seré vuestro esclavo humilde, (Delirante.)
os consagraré mi vida,
mi salvacion, todo, todo.
Una palabra, María!

MARIA. Una palabra? Si viera
á Mauricio, si yo misma
viera sobre mi garganta
de un verdugo la cuchilla
y bastara á desviarla

el silencio ante la inícua
proposicion que formula,
como ahora le romperia
para decirle que el asco (Fuerza.)
por sí solo mi honor libra,
no de faltar, de la duda
que mancillarlo podria!
(D. Cirilo cae abatido en un sillon. Transicion lenta.)

CIRILO. Es bien cruel... ¿Y por qué
mi despecho no le imita?
Sufra como yo el insomnio, (Cólera creciente.)
arránquese fibra á fibra
el corazon, como yo.
No insulte más vuestra dicha
mi tormento; que los mares
los dos esposos dividan;
á usted la miseria aquí,
á él la muerte en aquel clima.
Suframos todos.

MARIA. Oh, no!

CIRILO. Hay un medio.

MARIA. Vírgen mia
no me desampares tú!

CIRILO. Maria! (Tratando de estrechar su talle.)

MARIA. No. No!

CIRILO. Medita
tanta desgracia.

MARIA. No, no!

CIRILO. Piedad.

MARIA. Mauricio! (Corriendo á la puerta del fondo como en busca de auxilio.)

MAUR. (Entrando.) María.

ESCENA X.

DICHOS, MAURICIO y el ALCALDE, D. CIRILO á la entrada de estos toma una actitud contrita.

MAUR. Habla... ese llanto? Adivino
su orígen, ¿ese hombre ha osado!

MARIA. Dios nos ha desamparado!

MAUR. Luchemos contra el destino.

La verdad le arrancaré.
No há mucho que á usted aquí (Á D. Cirilo)
le entregué un papel.

CIRILO. Á mí?

MAUR. Sí señor, á usted.

CIRILO. No sé
á qué alude...

MAUR. Qué! osaria
negármelo? Conque con
visajes de devocion,
conque es vil hipocresía
la que afecta? Á lo que veo
la calumnia no le infama
cuando la gente le llama
hipócrita fariseo?

CIRILO. Es verdad... No se arrepienta,
que ese insulto es merecido.
Más Jesucristo ha sufrido
y él sabrá tomarlo en cuenta.
Mezquino pecador soy;
mas si mi fama, mi muerte
aliviar puede su suerte,
mi fama y vida lo doy.
Tómela. (Afectada humildad.)

MAUR. Señor Alcalde,
de mi inocencia la prueba
tiene; consigo la lleva.

CIRILO. Registren.

ALC. Todo es en balde.
Es el último refugio
del culpable descubierto,
pero no vale por cierto
conmigo ese subterfugio.
Y me extraña que se atreva
á la virtud de ese modo.

MARIA. Á la virtud!

ALC. Sobre todo,
un insulto nada prueba.

MAUR. Olvidaba que por él (Dolorosa reconvencion.)
surgió nuestra enemistad!
Pero juro que verdad
es, que le entregué el papel.

CIRILO. Yo no juro, porque creo
que el hacerlo está vedado.
MAUR. Y qué hay para usted sagrado?
Porque un criminal deseo
ver conseguido no espera...
CIRILO. Jesus!
ALC. De raya esto pasa.
MAUR. Alcalde, aún mando en mi casa;
¡infame víbora, á fuera! (Á Cirilo.)
Su negra conciencia á Dios
esa máscara no oculta;
ese Dios á quien insulta,
pronto juzgará á los dos.
CIRILO. Á él, apelo que es testigo...
MAUR. Fuera; la copa está llena
y agravar puede mi pena
del homicida el castigo.
CIRILO. La humildad es condicion
indispensable al cristiano.
MAUR. Dios me tenga de su mano.
Fuera! (Cólera creciente. María le contiene.)
CIRILO. Vóime.
ANTON. (Entrando.) Alto, bribon.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ANTON.

MAUR. Tú aquí, Judas?
ANTON. Poco á poco.
Es verdad, Judas he sido,
pero estoy arrepentido.
El miedo me volvió loco.
Pero al ver tanta maldad
y al mirar desgracia tanta,
va á ver su merced que canta
Anton, toda la verdad.
Yo le delaté, yo he sido
el que á la guardia civil
avisó, pero ese vil
sacristan me ha seducido.
Á su casa me llevó

la cosa para arreglar,
y en ella le ví guardar
un papel que ántes leyó
sonriendo así entre dientes
de un modo que me dió frio:
si se rie yo le fio
que así rien las serpientes.
Tras eso, de allí salí
y al amo... (Vergonzoso.)

MAUR. Bien...

ANTON. Delaté
y despues averigüé
la verdad con lo que oí:
y al medir la consecuencia
que trujo mi mala accion,
me pegó en el corazon
un puntapié la conciencia.
¿Cómo deshacer lo hecho?
No hay remedio—dije yo—
y otro puntapié me dió
en el magin el despecho.
Corro á su casa, llegué
subí, la encontré desierta
y de su cuarto á la puerta
dí á mi vez un puntapié;
entro, y una vez allá
rompo dos ó tres cajones,
y para qué más razones?
Topé el papel y aquí está.
(Dándoselo á Mauricio, que se cerciora si es el que busca.)
y para acabar el cuento
de los puntapiés, sin pena,
señor, deme una docena
para que á él le dé yo ciento! (Por Cirilo.)
(Mauricio da al Alcalde el papel.)

MARIA. Dios sea loado!

MAUR. ¿Pudiera
abandonarnos? Anton.

ANTON. Yo no merezco perdon.
Media docena siquiera!
(En actitud de recibir un puntapié.)

MAUR. No. Grave la falta ha sido,
pero fué un mal pensamiento;
creo en tu arrepentimiento,
y así lo doy al olvido.
Señor Alcalde...

ALC. (Tendiéndole la mano indeciso.) Mauricio...

MAUR. Todo mi pecho lo olvida...
(Estrechándole la mano.)
(Á Cirilo.) Usted salga y en su vida
pase de mi puerta el quicio.

ANTON. Sin que le tiente se irá?
Cá! á hacer voy de su badana
un pandero.

MAUR. No.
(Conteniendo á Anton: váse D. Cirilo)

ALC. Mañana
en el pueblo no estará.
Quién tanta infamia pensara!

MARIA. Alcalde, la religion
se guarda en el corazon,
y no se pinta en la cara.
El que en amor de Dios arde,
el que como yo le adora,
cuando sus dones implora
huye del grotesco alarde.
Dios no lo quiere, al contrario:
al hipócrita no alienta
el Mártir de la sangrienta
epopeya del Calvario.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UNO Ó DOS ACTOS.

Huyendo de lo que corre.
Amor y dinero.
Celos, amor y fortuna. [1]
El tronco y la hiedra.
Los zánganos del amor. [2]
Il tríonfo del'Ave Maria. [3]

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

El hijo del Ahorcado.
Rival y duende. [4]
De Paris á Sariñena.

---

1 Opereta, música del maestro Fárvaro.
2 Zarzuela, id. id. id.
3 Opereta italiana, música de D. Joaquin García.
4 Zarzuela, música del maestro Balart.

3 0112 117467164